



yo estudié en el ward

María Eugenia Mendizábal

Promoción 1993ⁱ

*“Este es un mundo que te domestica
para que desconfíes del prójimo,
para que sea una amenaza
y nunca una promesa”.*

Eduardo Galeano

Son muchos los modos a través de los cuáles podría narrar lo que el Colegio fue y es para mí. Podría hablar de la infancia atravesada por la inmensidad de un espacio generoso adonde fue posible crecer creativamente en compañía de coetáneos y adultos que ofrecieron paisajes vitales, opciones, conocimientos, afecto y cuidado. Podría referirme con nostalgia al Colegio al que fui – y ahora va mi hija- y donde muchos miembros de mi familia estudiaron y co-construyeron. Voy a reflexionar, en cambio, acerca de un aporte que hizo el Colegio en quienes lo vivimos, un aporte casi contracultural para nuestra sociedad: la construcción del sentido del prójimo como cercano y la constitución de una responsabilidad solidaria.

Ingresé al colegio a los tres años (en 1979) y egresé en 1993. Pasaron catorce años y muchas cosas se modificaron tanto en Argentina como en el Colegio. Tras el final de la última dictadura militar sobrevino el inicio de la Democracia, y lo que sucedía en nuestra sociedad hacía eco entre nosotros (niños y adolescentes) creciendo. Recuerdo la guerra de Malvinas: juntamos chocolates y sweaters y escribimos cartas a los chicos que habían sido enviados al frente (dos ex alumnos, entre ellos). Recuerdo el ejercicio de elecciones que hicieron en el año 1983 en el Colegio cuando regresó la Democracia (creo que en casa tenemos fotos de eso); Recuerdo cuando sorteaban a los chicos de quinto año para su ingreso en la “colimba” y la alegría que daba cuando sacaban “números bajos” (un compañero de nuestra promoción fue el de la última camada que la hizo); Recuerdo como una constante los grandes canastos



completamente llenos de cosas que juntábamos para las permanentes donaciones a los menos favorecidos de nuestra sociedad, los viajes de los chicos “grandes” a Formosa -donde ayudaron a construir una escuela- y los de las chicas a Misiones a ayudar a una escuela en esa provincia. Recuerdo la invocación constante a responder solidariamente al “otro”/ prójimo cuando lo requería.

Cuando pienso en los aportes de mi prolongada escolaridad en el Colegio siempre llego a la certeza de que fue allí donde se instaló en mí -y en otros- la pregunta acerca del prójimo: quién es el “otro”, de quién soy prójimo, qué debo hacer frente a las necesidades del “otro”, como hacer para visibilizar aquello que la sociedad produce y niega en términos de exclusión, asimetría, ¿quiénes somos frente al dolor de los demás?

ⁱMaría Eugenia Mendizábal (93) es Licenciada en Sociología (UBA), Magister Antropología Social (IDES-UNSAM). Trabaja en la Secretaría de DD.HH. y Pluralismo Cultural, Ministerio de Justicia de la Nación. Participó de diversos proyectos vinculados a la Promoción de DD.HH. desde el año 2000 al presente.



Como dijo Susan Sontag. Se trata de una pregunta que fue teniendo respuestas diversas pero que siempre habilita el pensarnos como parte de una comunidad amplia, escapándonos de cierto sesgo de socialización homogeneizante.

En algún momento de nuestra escolaridad se fue dibujando ante nosotros la pregunta y posibilidad de entender a los “otros” como prójimos, no tan ajenos, no tan distantes, visibles desde la retina y la sensibilidad. En algún lugar, o quizás en cada intersticio de nuestra escolaridad, se ensambló la pregunta sobre la injusticia, la violencia, las asimetrías, la desigualdad y la necesidad de ser sensible al “otro” y ser solidario. Es decir, se desplegó para nosotros una pregunta que trazaba la proximidad, el puente, la cercanía con un universo amplio de “otros” -entendidos como próximos-, así como también bosquejaba las posibilidades de asirnos de herramientas simbólicas y materiales para la



solidaridad.

Recuerdo cuando, desde Orientación Cristiana y de la mano de otro ex alumno, Christian Clausen, se armó un proyecto solidario con el Instituto Lowe. En ese proyecto se hicieron visitas, se juntaron fondos para arreglos, se hicieron arreglos edilicios, etc. Creo que quienes participamos comprendimos que esa distancia con los “otros” podía ser atravesada y que no había mejor forma de ser comunidad que haciendo con el “otro”

(prójimo prójimo). De todos los momentos de aprendizajes sobre la solidaridad y la responsabilidad con el prójimo, ese fue uno de los más significativos y fue una oportunidad de comprender que el hacer desde el cuidado, la construcción, el



afecto y la sensibilidad frente a lo injusto, era posible.

Ese aprendizaje cobra nueva dimensión hoy. La noción del “otro” como prójimo se hace más y más necesaria en un mundo que se organiza a través de exclusiones, segregaciones,

invisibilizaciones y estigmas que se dispone a dispensar a aquellos que le son “inútiles”.

En la noción del “otro” como prójimo (y la responsabilidad solidaria que esa proximidad genera); En la capacidad de vernos como próximos/prójimos, reside una posible fórmula para la reconstrucción del entramado social, que nos permite reconocer al “otro” como promesa -esperanza y proyecto- y no como amenaza. 🐾